



Enrique Gómez—Correa hace un balance de su vida: “Con garra y fuerza de voluntad me salvé y llevo nueve años viviendo contra el tiempo, pero la cabeza me funciona muy bien”.

Poeta, fundador del grupo “Mandrágora”

Enrique Gómez-Correa, un surrealista sobreviviente

ALEJANDRA GAJARDO

Santiago

Dos veces lo han desahuciado, y dos veces administrado la extremaunción, pero el poeta, abogado y diplomático Enrique Gómez-Correa se resiste a morir. Aunque ya no camina y una parálisis afecta a una de sus manos, el cáncer, que sufre hace cerca de diez años, no lo ha vencido.

Desde su cama clínica y rodeado de sus queridos libros, algunos de ellos de valor incalculable, el escritor recuerda con gran lucidez todas las etapas de su vida y está al tanto de todo lo que pasa afuera, adonde de vez en cuando sale en su silla de ruedas: pasea por la avenida Pedro de Valdivia y entra a las librerías de Providencia.

El día que el último terremoto asoló Santiago, el 3 de marzo de 1985, el que fuera fundador del grupo surrealista *Mandrágora* amaneció paralizado, pero poco a poco se fue recuperando. Luego, tuvo que someterse a una delicadísima intervención quirúrgica, de la cual, advirtió el médico, “sólo tenía un dos por ciento de posibilidades de éxito”.

—Pero yo le contesté: “Soy poeta y le juego al azar y a ese dos por ciento”, recuerda.

Dos años de quimioterapia, drogas fuertísimas, caída de pelo y hasta magos e hipnosis no le menguaron las ganas de convertirse “en un sobreviviente del surrealismo”.

—Con garra y fuerza de voluntad me salvé y llevo nueve años viviendo contra el tiempo, pero la cabeza me funciona muy bien.

Entre las cosas que más siente están haber perdido el “arte de caminar” y ahora, su colección

de dibujos surrealistas, esos que le regalaron sus amigos pintores de esa tendencia durante sus años en París. Como su mal resulta carísimo, Enrique Gómez-Correa deberá seguir desprendiéndose de entrañables recuerdos, muchos de ellos dedicados, de Eugenio Granell, Francis Bouvet, J. Herols, un *collage* de Anne Ethuin y uno de los que más le gustaba: un dibujo colectivo, de esos que los surrealistas llamaban *cadáveres exquisitos*, realizado por la nieta de Víctor Hugo, la esposa de Paul Eluard, Tristán Sará y el apóstol del surrealismo: André Bretón.

Pero a pesar de este desprendimiento importante de su querida colección, Enrique Gómez Correa aún no pierde las esperanzas de que con las muchas obras plásticas que aún le quedan y con sus libros, que repletan las paredes de su cuarto y que conforman —según Enrique Lafourcade— “una de las bibliotecas surrealistas más completas”, crear la sala de exposiciones *Mandrágora*, como legado “de un poeta con tantas horas de vuelo”.

Poeta precoz

A los 15 años comenzó Enrique Gómez-Correa su carrera literaria. Apenas era un adolescente cuando ya alternaba con poetas como Mariano Latorre y luego con Vicente Huidobro, con quien sostuvo una larga amistad “con sus altas y bajas”, lo que no le impide tener una visión crítica del escritor:

—El abrió los cauces para la poesía moderna en lengua española. Era un gran organizador, conversador, pero a mí no me gusta esa tendencia de beatificar a la gente. El también tenía actitudes censurables, pero no se

hablan de ellas porque con el tiempo casi se le ha santificado—, opina.

Según recuerda Enrique Gómez, el también poeta surrealista solía ser contradictorio y muy celoso de la fama:

—Si un hombre decía que había batido un *récord* corriendo cien metros en tanto tiempo, Vicente asegura que eso ya lo había hecho él—, cuenta.

De todas maneras, Huidobro era infaltable en las tertulias y conversaciones de los miembros de *Mandrágora*, aunque nunca perteneció a él: “Hasta nos fuimos muchas veces a su casa de Cartagena”, rememora Gómez.

—Pero junto con la irradiación internacional del grupo, Huidobro se puso celoso y hacía declaraciones en contra nuestra.

Mandrágora, integrado entre otros, por Braulio Arenas, Teófilo Cid, Jorge Cáceres, Juan Sánchez Paláez, Mario Urzúa, fue bautizado por el mismo Enrique Gómez-Correa con el nombre de la planta, se dice, nace al pie del patíbulo de los ahorcados,

además de protagonizar muchos otros mitos:

—Se dice que si la arranca una doncella pura e inocente acompañada de un perro negro, éste último muere, pero le da a la mujer poder, riqueza y amor. Es una planta que obsesiona, pero también mata.

Con el grupo bautizado, comenzaron las conversaciones y largas reuniones, además de toda una proyección internacional, la que hizo que no sólo fueran comentados en Chile, sino también en París, donde vivían los grandes del surrealismo mundial.

Acá, en el país, poetas como el ya fallecido Premio Nacional de Literatura Eduardo Anguita, quisieron ser parte de *Mandrágora*, “pero a él lo rechazamos”.

—Tenía una posición muy beatita y nosotros éramos más abiertos y libertarios.

Al tiempo, recuerda Enrique Gómez-Correa, Anguita escribió un artículo “inspirado por Vicente Huidobro”, atacando al grupo surrealista. Pero el poeta, abogado y diplomático contestó

con uno aún más fuerte donde no sólo trataba de “mequetrefe” al autor de la publicación sino que de paso criticaba a otras figuras de la poesía como Vicente Huidobro, Pablo de Rokha, Pablo Neruda y a Humberto Díaz Casanueva, “quien me perdonó, pero Anguita se murió sin hacerlo”. Otro que tampoco disculpó a Enrique Gómez-Correa fue Rosamel del Valle, “ya que me reclamó que no lo haya atacado entre tan selectiva lista de escritores”, bromea Gómez.

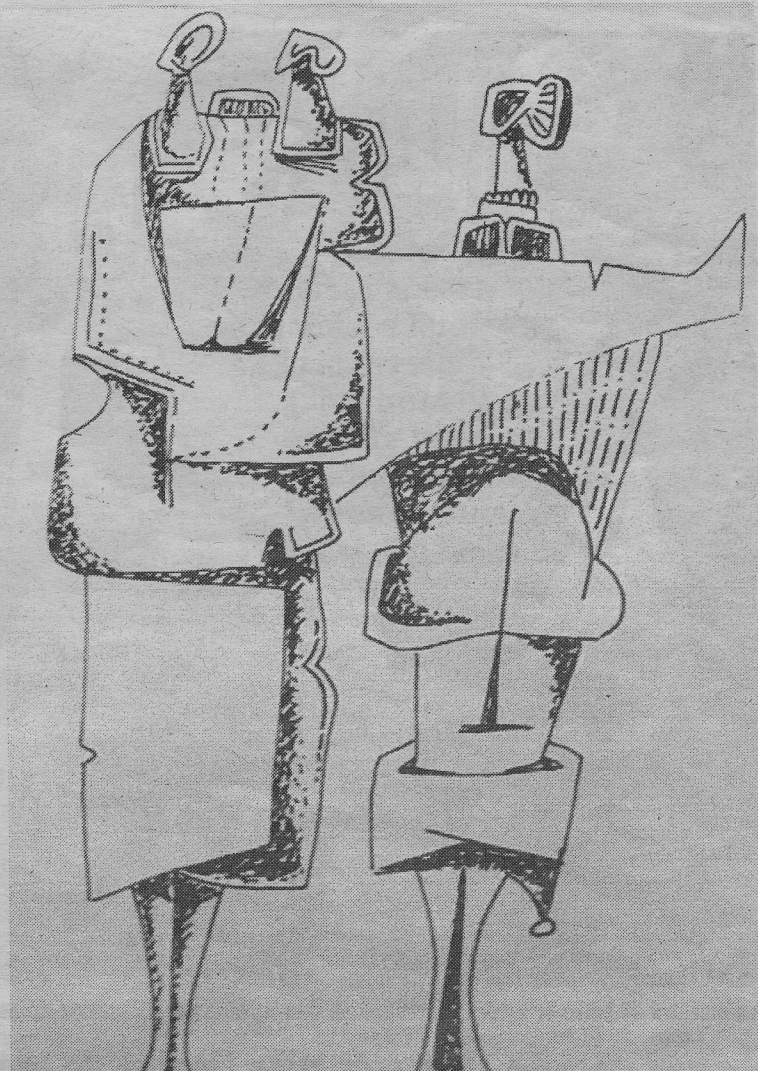
Pero los integrantes de *Mandrágora* no sólo se dedicaban a conversar y a contraatacar a sus oponentes sino que eran protagonistas de varias actividades culturales, entre las que se contaba la edición de una revista que llevaba el mismo nombre de la agrupación poética. Esta publicación, que duró ocho números, circuló tanto en Chile como en Europa, continente donde fue comentada por el mismo André Bretón y por el pintor René Magritte, quien más tarde trabó amistad con Gómez-Correa cuando éste vivió tres años en París:

—Allí me integré al grupo surrealista y conocí a Magritte. Al tiempo, él me retrató y luego me dijo que tomara de regalo el cuadro de su taller, el que quisiera pero como dijo Rimbaud “por delicadeza perdí mi vida” y no acepté.

Luego, gracias a su labor diplomática, Enrique Gómez-Correa siguió viajando. Fue embajador en organismos internacionales, en Yugoslavia, en Guatemala, y en Beirut donde abrió la representación chilena y le tocó enfrentar la Guerra de los Seis Días:

—He tenido una vida muy llena y agitada. Hice mi balance y ¡por Dios que lo he pasado bien!

Un dibujo de Eugenio Granell.



En la pared, algunos de los dibujos y pinturas de los que Gómez-Correa tendrá que desprenderse.